

LOS NIÑOS DEL DOMINÓ

Por Santiago Sevilla

La ciudad gigante se perdía en lontananza. Los sombríos edificios de cemento, erigidos sobre las montañas, se disputaban tanto la luz del sol inclemente, como las ráfagas del aire apenas respirable, contaminado por el gas que vomitaban incansables los motores. Los ventanales inclinados contenían racimos de niños curiosos que contemplaban, abismados, el mundo descomunal de riscos, valles y quebradas, todo cubierto por la abigarrada formación de esas enormes fichas de dominó en cuyos redondos lunares de vidrio se aglomeraban las crías humanas, inmersas en un laberinto sin escapatoria. Una endémica añoranza por el verdor ausente, les obligaba a asomarse a los cristales circulares de ojo de buey de las grandes naves inmuebles, en el paraje desnudo y azotado por el vendaval de la ciudad inmensa. Por las calles deambulaban y se hacinaban las manadas y montoneras humanas. Franjas de metal en cinta sin fin rotaban en un perpetuo móvil a lo largo de las vidrieras de maniqués camuflados en textiles de safari, o en fibras de los mil colores de un arco iris ya fenecido desde siglos atrás, cuando la humedad flotaba aún incólume en el ambiente, antes que se la cosechara en esos embudos que dotaban ahora del líquido vital a los bastimentos multitudinarios en que las grandes masas de la Democracia Perpetua pululaban acosadas por la inminencia de los referendos, la inexorabilidad de los plebiscitos y la obligatoriedad del voto predecible. Las encuestas “Gallup” se tragaban el tiempo libre de la gente, que de otro modo se habrían dedicado al consumo insaciable de los bienes de marca, joyas preciosas del sistema capitalista de este “Mundo Feliz”. Las bandas sin fin de las avenidas sorteaban por sí solas a los pisoteados, atropellados y a quienes caían por muerte natural en la asfixia del dióxido de carbono generado por las máquinas industriales de la producción y el desarrollo. “¡Nadie se pierde. Todos se transforman!”, “¡La muerte es el principio del reciclaje de la rueda de la fortuna!” Éstas eran las divisas que leíamos por todas partes. Los cadáveres de los caídos se desplomaban por los graderíos sagrados, cuando ya extraídos corazón y demás órganos de transplante, la carcasa de musculatura y osamenta, abierta en canal, tenía que morigerarse y majarse en el traqueteo de los peldaños de las escaleras automáticas. Los niños, con el avanzar de la edad, iban bajando de las salas de probetas fecundas, por simple gravedad, de piso en piso, educándose ya, al mismo tiempo, por la voz melodiosa de los altoparlantes, y en la visión contemplativa de la televisión. Pasaban, tiempos después, por el pórtico de la graduación de los ciudadanos ilustrados. A quienes lo

merecían, se les aplicaba el sello indeleble de doctores. Los incapaces caían por un plano inclinado de decantación social, hacia las máquinas de aprovechamiento del purgatorio del reciclaje. Mil y un espejos engrandecían y multiplicaban la maravilla de la abundancia de la raza humana, cada día más homogénea y estandarizada. Humanidad capaz de suplirse de sí misma, haciendo sobrantes los demás seres y criaturas. El entretenimiento más popular y excitante era el sexo, diversión económica y ennobleciente por el destino escatológico de la reproducción. Hombres y mujeres confluían a las salas de sexo y se dejaban maquinar por los autómatas programados para encausar y facilitar la fornicación entre la ciudadanía heterosexual, o en su defecto, homosexual. Se aprovechaban para esto las últimas conquistas del arte de la sodomía de San Francisco de California, carísima recoleta de esta gigantesca villa de la igualdad perfecta. Copular era todavía la diversión más barata, dejándole al Estado su beneficio en especie: óvulos y semen. Además, los agotados caían por precipitación y eran aprovechados en el reciclaje. El desarrollo de la economía era prácticamente una función proporcional al crecimiento de la población. Los edificios del dominó se colmaban con los niños que salían de las tinajas probáticas, de las ánforas de gestación, comenzando en los pisos altos, a donde llegaban los helicópteros, tal que abejas cargadas de polen, a deponer los almácigos de óvulos fecundados “in Vitro”, como caviar de Beluga, que eran llevados hacia las probetas probáticas, donde los fetos medraban hasta el otoño en que por efecto del sol canicular eran dados a luz mientras una voz les imperaba “¡Levántate y anda!”. Ese era el vocímetro celular dirigido por luces astrales, que a su vez gobernaba el devenir de las generaciones. Los grandes rascacielos con ojos de buey expelían la población mayor de edad. Salían a borbotones los ciudadanos electores y elegibles, sexualmente responsables por consentimiento mutuo, imbuidos de los ideales de la democracia perfecta. Se los ponía en circulación en flujos excéntricos, hacia las afueras de la urbe, en una pleamar de compradores hacia los centros comerciales, donde gozaban de crédito y estaban asegurados con desgravamen al morir. Al final del proceso de consumo, las gentes venían a dárselas, por ancas o por mangas, en la decantación fatal, cumpliendo con la Ley del Embudo, según la cual, el que no cae, resbala. Las noticias y opiniones se las infundaba en el café matutino y la votación general se obtenía de las aguas servidas, por un sistema de fotosíntesis. La población económicamente activa nunca podía dar paso atrás, sino que tenía que seguir el flujo de las bandas sin fin, diseñadas para el óptimo aprovechamiento de las oportunidades.

Lo mejor era que se habían extirpado los intelectuales, escépticos, críticos y demás decadentes contrarios al florecimiento de la cultura de la igualdad por la codicia. La Democracia Feliz y sempiterna fue declarada

indestructible por su bondad inherente, de la que ya nadie dudaba y a la que todos apoyábamos incondicionalmente.

Yo nací en la zona sur de la gran ciudad, en aquel barrio que se derrama sobre la cordillera de los Andes. Cubre también la franja costanera y por el oriente se explaya por la llanura inconmensurable de lo que solía llamarse el Brasil Amazónico.

Nuestra promoción académica nació a cuatro mil metros de altura y mi primera visión por el ojo de buey fue la de un glaciar en que se afincaban una centena de dominós. Tuve que esperar dieciocho años para salir del edificio, pero en él recibí toda mi educación que me hizo igual a todos, en mis derechos y obligaciones. Sin embargo, ahora que voy a pisar el exterior, tengo bastante preocupación y dudas sobre mi futuro, una vez que tenga que poner mis pies sobre las bandas sin fin de este capitalismo ferviente. Todos me repiten que sólo caen lo débiles e ineptos, y que los triunfadores no podemos ser víctimas de un sistema que nos ama. Pero yo siento un escepticismo sobre mi capacidad y mis alcances, que me angustia. ¿Podré vencer las trampas del mecanismo de inteligencia artificial que sorte a los perdedores? ¿Qué piensa ese monstruo sobre mí? ¿Soy uno más de entre la gente estúpida que todo lo cree? ¿O acaso no soy uno de los astutos que de todo dudamos y nadie nos sorprende y agarra con la guardia baja? Veremos... Pero, no quisiera hacerme al mundo solo, sino con ella, la dulcedumbre de mis sueños profundos, la alberca caliente, la fresca noche de mis paseos sonámbulos. ¿Dónde estás Gama? Tú, que nunca me fallas en las horas negras del espiritismo, cuando invoco mis fantasmas, ¿dónde te escondes, que no te veo?

Alfo, el supremo, sí que tenía fe en el sistema. Desde su ojiva de cristal de roca contemplaba el río humano que entraba en el túnel debajo de su edificio sostenido por columnas de granito blanco, coronado por capiteles de mármol níveo, escudado con albas paredes que semejaban farallones de glaciar. Encima se admiraba una cúpula soberbia que representaba el globo terráqueo, en cuyos procelosos océanos se perdía disimulado el ojo de buey del presidente de la democracia universal. Alfo lo observaba todo. Dominaba con su circuito total de televisión, cuyo lente tienes, lector amigo, siempre proyectado sobre tu persona y por cuyo canal puedes hacer valer tu voz en los plebiscitos. A este Alfo, tu confidente, tu puedes confesarle tus más íntimos deseos. Él sabe de ti, tu amigo y timón de la democracia universal.

Alfo era entonces el primer presidente que había sido elegido para su tercero y último período presidencial. Tal cosa sucedió en el referéndum

global del año jubilar y él ya viene gobernando el mundo más de la mitad del siglo veintiuno. Goza de la inagotable confianza pública, pues todos fincan su fe en este hombre de quien se dice que “tiene un poco de todos nosotros”. También se dice que de él mismo no queda sino sólo la mente, el cerebro, digamos, porque a fuerza de mil transplantes se ha venido identificando con todo el mundo, hasta tener, como propio, apenas el ceso. La verdad era que cada cierto tiempo le renovaban los testículos, el hígado y el corazón. Le cambiaban todas las glándulas para que su salud fuera perfecta y nuestro líder de la Democracia Integral siguiera siendo infalible y pudiera dictar ex cátedra las verdades últimas. –“¡Es uno de nosotros!”- Tu sabes lector, cómo lo repite de continuo la prensa libre en sus campañas de humildad y servicio a las grandes mayorías. Yo no tengo reparos contra su persona, siempre afable y a la moda. En cuanto a las misteriosas profundidades de su espíritu, se poco y me parece que ninguno de nosotros puede sondearlo porque es muy antiguo y lo ha visto y sabido todo desde época inmemorial. Él ha experimentado aquello que nosotros apenas podemos intuir por las transmisiones secretas del conocimiento hereditario. Tendemos a presumirle inocente, cuando de verdad es el único responsable de lo que aquí sucede y que a muchos nos trae conturbados. Sin duda debemos aclarar muchas cosas todavía.

La Gran Democracia era la república integral a la que fueron confluyendo, uno tras otro, los países de la tierra, al tiempo que se fusionaban, una con otra, las urbes metropolitanas y las costumbres de los pueblos se homogenizaban y los idiomas se desintegraban ante la avalancha cultural del inglés, que abrumaba desde la capital de América. Esta nueva Roma fue devorando irresistiblemente al mundo entero, mientras propagaba su evangelio de la democracia total e inevitable. Su armamento atómico, y su dominio del espacio celeste, le facilitó acabar con las divergencias y hermanar toda la humanidad. Después que Alfo, nuestro presidente de la Democracia Universal, declaró a Rusia fuera de la ley y la bombardeo en cinco minutos, no quedó ni un ruso para muestra. Acabó después con los islámicos con una explosión sobre la Kaaba y el mundo terminó con todos los dualismos, la lucha de clases, las contradicciones, el derecho de huelga y demás formas de sabotaje contra el sistema. Entonces se pudo urbanizar el globo a cabalidad. Alfo, quien inició su carrera como presentador de televisión, pudo ganar las elecciones sin que hubiera votación, cuando la encuestadora “Gallup” anunció que tendría el respaldo del 95% del electorado. Después Alfo fue proclamado General de los Jesuitas y más tarde, Papa Santo y Arzobispo de Canterbury porque así lo decidieron los respectivos cardenales y obispos. Pronto se acabaron los cabos sueltos y se unió la Patria Universal, porque el Dalai Lama y el Negus de Abisinia y todos los que tenían rango supremo, se lo endosaron a favor de Alfo.

Este testimonio, lector amigo, está escrito en español por dos razones, la primera es que el castellano es ya un idioma muerto y nadie lo habla ni entiende, y segunda, porque ya nadie lee libros, sino que todo el mundo sólo ve televisión. Es un hecho también que tampoco yo se español, ni tú lector amigo existes, sino que esta traducción al español que tú no lees, me la hizo el ordenador electrónico del Dominó, para que nadie la entienda y así tú no tengas que aburrirte con mis lucubraciones.

Mañana dejaré este espléndido edificio del dominó, con sus glaucos ojos de buey, en cuyas pupilas pululan los niños de las piscinas probáticas de la procreación fecunda y de la gestación sin mácula. Mis amigos menores me verán irme en las franjas del “perpetuo mobile” en búsqueda de los supermercados del consumo insofrenable de los productos de marca.

Sí, Dominó, el iris de tus ojos de madre llorosa me perderán de vista en el apiñamiento de las multitudes abigarradas, prendidas con manos como garras, las unas de los otros, para evitar el tropiezo fatal y el resbalón que llevan a la muerte y a la demolición y la transformación en albóndiga “burger” en que todos hemos de terminar algún día. Sí, de todos nosotros hacen cecina en los molinos de carne en los abismos de las escaleras automáticas y en las turbinas de sangre, que remontan ese mejido por el reciclado hidráulico hacia los restaurantes de las multitudes famélicas en las recoletas de los extramuros de la ciudad interminable.

Esto de tener que dejar el edificio con los glaucos ojos de ficha de dominó, irisados de niños desmadrados, que contemplan desde los ventanales los ríos de carne humana en búsqueda de la felicidad de la carta de crédito plástica, es algo tan desgarrador, como salirse de madre para nunca volver a entornillar en ningún sitio, así de cuerpo entero. Pero ya mi cola de espera se está acelerando y no atino a encontrar la manera de quedarme en la dulcedumbre gregaria de estos hermanos de probeta y estas primas de amarillos ojos de tigre, todas las mismas crías gemelas de una ovulación ubérrima. Sí, la gravedad de la situación es irreversible y en los pisos altos del edificio, los vástagos están leudando en sus almácigos de gelatinas latientes, y ya no hay espacio en este albo y enorme huevo reventón del que me siento expelido. En fin, supongo que dormiré esta noche más en la montonera tibia y promiscua del caviar humano de primas prohibidas y mañana todos saldremos al mundo del amor fácil y al consumo sin fronteras de comernos los unos a los otros en la gran democracia de la urbe del orbe. La música del viejo Bach me adormece con un susurro de arroyo sobre pedruscos y por último me bebo las instrucciones del día en mi sopa de letras y caigo en un letargo sumiso de bestia de corral. El sueño se me abre como un atardecer de buganvillas batidas por la brisa del mar, de olas

repletas de pececillos de luz que se derraman sobre la arena rosada de tus mejillas llorosas, de palmeras que se inclinan en el guiño de tus pestañas y contemplo en tus pupilas atigradas, dos redomas colmadas de niños, desde mi perspectiva onírica de vuelo de pájaro.

Al día siguiente revoloteaban por el aire los helicópteros cargados con óvulos fecundados, y circulaban los dirigibles y globos de los magnates de los edificios de blancas ojivas que acudían a sus reuniones de negocios y así escapaban de los riesgos de trituración y reciclaje a que estábamos expuestos los comunes peatones mortales. Comían los emparedados de albóndigas de carne humana mientras discutían de ganancias y pérdidas, y al mismo tiempo tomaban bebidas gaseosas cargadas de cocaína. Al retornar a sus oficinas, sus secretarias les limpiaban a besos los bellos de ejecutivo ferozmente competitivo y les activaban las pesadas digestiones de anaconda con largas y esforzadas felaciones.

Sí, ahora que ya mismo me toca salir, recuerdo con cariño la luz cenital de la ojiva que nos vio nacer y nos inundó de colores en los años de la niñez despreocupada, cuando correteábamos por los salones de meninos de parvulario. Habían cómodos muebles incorporados que se limpiaban de excrementos de niño con chorros de líquido antiséptico, mientras nos movíamos por una tranquera de la una alcoba a la siguiente. Nos embriagaba la música de Bach con su arroyo de acordes y melodías y se escuchaba la voz meliflua del presidente Alfo, nuestro padre eterno. Su ojo fatal nos seguía paso a paso. Yo andaba rodeado de las meninas “gamma” con aquellos ojos de tigresas en celo. Alfo les susurraba por el altoparlante endechas lascivas que no me atrevo a repetir. Cuántas veces no estuve al lado de Gama mamando de los pezones incorporados sobre las barrederas que rezumaban tibio calostro alimenticio. Era como si manara leche del vientre artillado de mamas de una marrana inmensa que nos alimentara a los millares de lechones del dominó. ¿Dónde estarás ahora flor de mis más caros recuerdos? ¿Cómo te buscaba yo, incansable, detrás de los grandes sillones donde te solías acurrucar! Ahora que me acerco al pórtico, te rebusco por todas partes, mi felina palmera de ojos dorados y manitas de gata mamona. Pero esta vez no estás a mi lado, como entonces en nuestros años felices, cuando escuchábamos aglutinados junto a los parlantes, el trinar de los pájaros canoros del mercader con su flauta mágica. ¿Qué seré sin ti, sirena de la alberca donde te toqué por vez primera los muslos nadadores? ¿Recuerdas aún las aguas azufradas de la entraña de los volcanes, ahora convertidos en usinas? ¿Cómo puedo salir al mundo sin aspirar el perfume de tu piel cándida? ¿Dónde estás oculta perla dormida? ¿Cómo alejarme de tu respiración jadeante de pantera ecuatorial bajo la pérgola que me reveló tu saliva de madre selva?

Pero no te veo hoy día. Te me has perdido como aguja en el pajar, entre esta multitud de graduados adornados con cintas multicolores, tocados con bonetes negros, abrazando guitarrones de alborozo, porque ya salimos todos a la circulación y al amor libre. Se acaba ya el tabú de no fornicar con tus primas del alma, las lechonas con manos de puma de las alturas nevadas de los andes, cubiertas con dominós. Se acabó el caldo de letras educativo, mientras nos atiborran el cerebro con datos electrónicos. Llegó la hora de individualizarse con unos pocos transplantes e irse a lucir nuevos ojos de lapislázuli en los cayos de la Florida. Llegó el momento de teñirse estas greñas negras de dorado. Ya podremos validar nuestro voto y responder a las encuestas como ciudadanos libres. Nos alcanzarán las preguntas en plena calle por la informática empotrada en el cráneo y responderemos con un leve toque de la lengua sobre el diente de ratón electrónico.

-“Pero, ¿dónde te has metido Gamita mía, hermana mía de leche, la de los ojos de miel de palmar en las tardes atigradas de las playas llorosas de tus mejillas de arena rosa de coral? Sólo quiero decirte adiós, porque ya mismo la cola humana se acaba en mi punta y caigo en el torrente del tráfico de las cinco de la tarde y me lleva el río sin decirte “¡Chiao!... Tigresa de las garritas de felpa que amasabas el cojín de mi alma de huérfano mal nacido de aquella bacinilla de vidrio turbio ensopado de agua de fuente y con el ombligo conectado a una máquina robótica. ¡Chiao! Y mientras me voy, te canto mañanitas mientras rasgo el guitarrón de vientre.”

La corriente de viento viciado de la calle ya pone a flamear mis cintas de tunante festivo en los siete colores del iris, como si el aire estuviese aún preñado del llanto del rocío como hace siete siglos y la escarcha se levantara todavía como arquitrabe de los cielos de azur.

El presentador de la televisión, elevado a Presidente del Orbe, a Dalai Lama y a Pontífice Máximo de la cristiandad, Alfo, era un hombre modesto que había hecho el voto de pobreza última y vivía desnudo en el alvéolo de cristal del salón oval de la Casa Blanca. Desde ahí veía las masas humanas fluir por la Avenida Pennsylvania y penetrar por un túnel en las entrañas del Capitolio hacia el más allá. Sus comidas eran relativamente frugales porque le tenían injertado a la vena un flujo de sangre fresca y le renovaban todos los órganos al menor síntoma de rechazo. Sólo su mente presidencial se mantenía incólume y además recibía soplidos de sabiduría continuamente desde el ordenador nuclear a quien él llamaba “Computer”. Así su salud era infinitamente perfecta, pues lo que es bueno para el Presidente, es bueno para el mundo entero y su mente no puede fallar.

Llegó el momento en que los médicos de cabecera y los cirujanos del rastro resolvieron que lo mejor era buscarle remedio de cuerpo entero a su fragilidad ante tantos transplantes y por eso prefirieron mover el cerebro presidencial de cuerpo en cuerpo. Por eso ahora los cirujanos del rastro buscaban entre los jóvenes a los mejores y óptimos para apresarlos en las trampas de las avenidas, para que donaran sus figuras de discóbolos al presidente. Así el veterano Alfo se eternizó en el usufructo del poder legítimo ante los aplausos del mundo entero que no quería por nada que se terminara el tercero y último período presidencial del orbe de la urbe. Desnudo y transmigrado de efebo en efebo, el presidente, bello como un Adonis, era el niño de los ojos del mundo, el nieto de Dios encarnado, el nuevo Prometeo, señor del tercer ojo del triángulo de la ojiva del salón ovalado de la Casa Blanca.

Computer le dirigió la palabra:

-“Su excelencia se dignará señalar el efebo que le guste, sin olvidarse de las minorías raciales que quisieran tener un presidente a su imagen y semejanza.”

-“¡Este joven! Póngamelo cerca de tamaño natural con el Vizoo, porque lo quiero tocar con los ojos para no equivocarme!”

Los anchos hombros flameantes de cintas de colores de la estudiantina le fascinaron a Don Alfo:

-“¡Aquí estás tú, macho de mi vida, pinta y trapío de rey, con los ojos tristes de huérfano, entre las cúpulas de arcángeles abandonados en las basílicas de la gestación! ¿Eres tú mi nuevo yo que se aproxima?”

Los doctores enseguida le avisaron los detalles de esa persona, las intensidades de sus cinco sentidos y demás. Le dieron todos los datos,

–“y que está enamorado, señor presidente. ¡imagínese! de una menina de ovulación Gamma, la ubérrima, que le tiene sorbido el ceso. Tiene todo el sistema acelerado. ¡Va usted a divertirse!”

El viejo estadista que había visto y catado desde dentro a tantos providenciales, estaba ahora tocado de fresco entusiasmo, acaso porque su edad matusalénica le había hecho perder la vergüenza y era capaz de enamorarse perdidamente de estas encarnaciones ideales, como si se estuviera comprando un coche nuevo. Se imaginó dueño de los impulsos apasionados de la juventud imprudente y de los sueños dorados del ingenuo que no ha sufrido el primer desengaño. Resolvió, como resultado de este

oleaje de envidia que le invadió el alma, pedir un millón de banderines patrios con estrellitas y franjas rojas y azules, para distribuirlos entre los niños de escuela del vecindario para que los agitaran frenéticamente renovando su fe en el país de la oportunidad y la democracia feliz.

No pude seguir adelante en la cola de espera de la estudiantina de tunantes regocijados en vísperas de la libertad y, en contra de todas las reglas, regresé cuesta arriba a ver dónde te metiste mi tigresa en tu cubil, que te quiero decir adiós, y ahí estaba en el cuarto piso, tendida sobre la alfombra mirándome con tus pupilas del mar Caribe: una fogata de palmeras incendiadas y la playa rosada de tus mejillas húmeda de las lágrimas del último oleaje y las perlas de tus dientes y tu lengua de ostra y tu cuerpo felino y tus manitas tibias y cándidas jugueteando con los flecos de seda.

-“Me voy, Gama, a morirme de añoranza por ti, en los despeñaderos de la urbe asesina. ¡Dame la bendición de tu mano húmeda y perfumada del oleaje del mar sobre los corales, tócame los ojos para irme ciego, y sólo ver el revés del mundo, en tu recuerdo.!”

Ella me miró largamente, como quien marca con fuego la imagen en la mente para que nunca se borre, al tiempo que una mueca de amargura le demudó el hocico de tigresa albina y, sin decir más, se tornó contra la barredera y se puso a mamar el pulgar y yo junto a ella, hermanados en el recuerdo de la marrana madre de nuestra lejana niñez de meninos huérfanos. Y el Negus nos contemplaba desde la Casa Blanca por el ojo fatal del circuito de satélites de artificio y también se mamaba el dedo pulgar, copiándome y remedándome como si fuese yo; queriendo sentirse, él también, huérfano del iris de la ojiva en la cúpula adornada con serafines y putos meones y arcángeles y querubines con alas de mariposa asoleada sobre los cuarzos alpinos del Dominó. -“¡Échese, Ministro MacGregor, y mámese el dedo!”- le pidió a su maestro de Pentágonos y ambos estuvieron boqueando frente a la barredera de la Casa Blanca, tratando de columbrar lo que significaría ser hermanos de leche.

Alfo, el Negus y Presidente, decidió que -“Sí, si vales para el transplante, pero que te quiero observar, chico, que sí, que me pareces un primor de muchacho, muy sensitivo y espiritual, pero por eso mismo ansío verte en acción, para aprenderte bien la gracia de tus movimientos, la continencia y gesto de tu rostro apolínico, la cadencia de tu baile, macho, tu rumbo y porte en la marcha lenta y garbosa de tu paso de gallito, la caída de ojos y todo lo demás...”

Esto dijo para que no le volviera a pasar la desgracia ocurrida con aquel príncipe Masai capturado para él en el Masai Mara, cuando salió del dominó africano con dominantes vistas hasta el Serengeti y cayó en la celada que le tendieron los agentes de Alfo en media avenida móvil pintada con franjas de cebra. Lo trajeron al Masai macerado en una sopa de hormonas, preparándolo para el trasplante pues había de servir como encarnación del Negus de Abisinia y León de Leones, descendiente directo de Salomón en la Reina de Sabá. –“En ti, negrito, me verán León de Judea, con mis siete coronas de la inmortalidad, y entonces votarán por mi los negros infernales del Bronx y podré seguir adelante con el tercero y último período presidencial, pues sólo ellos no me han dado su apoyo, hijos de mala madre, porque - claro está – quieren a uno como ellos. Pero ni modo, tan pronto me hube calado al macerado Masai alrededor de mi cerebro presidencial, aquel paso veloz de pastor nómada se tornó lerdo y pesado como del anciano que soy, y sus brazos nervudos de lancero se encogieron y adoptaron la pose de vendedor ambulante de lápices amarillos que me caracteriza. ¡Pobre príncipe de la estepa! Te moriste en mis brazos y no logro resucitar tu gracia de perseguidor de las manadas de gacelas, ni tu sonrisa pura de calavera de alabastro en las cavernas de Oldubai, cuando aún no habían nacido, ni en la mente del creador, los irlandeses que hoy me vitorean en las avenidas. Negrito del alma, te voy a rechazar entero, porque tu piel lumínica de pantera nocturna se ha puesto cetrina y más vale que vuelvas a la ceniza y al polvo del que viniste. Ahora pareces un viejo moreno opaco de Atlanta al que se le caen los dientes cuando quiere cantar los Blues.”

Y al negro cetrino lo sacaron en vilo de la sala de operaciones, suspendido de los sobacos, con el cerebro original reinstalado en la misma cavidad que acababa de abandonar el Presidente de la Democracia Celestial de los doscientos estados de la unión del orbe, y le dijeron: -“Niggersito Masai, anda a pasearte por la Quinta Avenida a ver quién te reconoce con esa cara de calavera de Oldubai, ándate a las Naciones Unidas para que te digan – ¡Excelencia!”- y el Masai salió dañado por el mal uso y en la mano de matador de leones traía a rastras el maletín con lápices amarillos que el Supremo le había regalado de despedida. No anduvo el convaleciente muy largo por la calle del paraíso terrenal, porque lo aplastaron cuando su recuerdo rezumante le hizo acariciar en cuclillas la cebría del cruce de la luz roja del tráfico del “rush hour”. En el abismo de las gradas del traqueteo de carcasas le reventaron por última vez.

Después de esta tragedia es que a Don Alfo le instalaron el rabino, pues los votantes hebreos habían objetado la maquinación por la que fuerzas enemigas mortales del Sionismo eterno e incontestable querían que el León

de Judá fuera un negro de Oldubai y no un rabino de Jerusalén reconstruida. En la banda sin fin que rodaba frente al Muro de las Lamentaciones estaba orando un barbudo joven ortodoxo ocupado con inclinarse repetidamente en una andanada de venias de lamentación, cuando de pronto se abrió la tierra y lo atraparon ciertos agentes secretos en una red como a un mosco peludo en una telaraña y se lo llevaron a Nueva York en un container, ofuscado por drogas estupefacientes del lejano triángulo del opio afganistano. Su cuerpo vino a darlas en la Casa Blanca en una desnudez color perla, bajo la ojiva luminosa de la sala ovalada. Su cerebro de Levita lo pusieron incólume en la cavidad craneana de un sefardí ladino que se había vuelto loco y cuyo cerebro inservible echaron a la basura. Así lo devolvieron a su lugar de oración sin que él se diera cuenta de lo sucedido. –“Y aquí, en medio de la sala ovalada, estoy yo, todo un Presidente del Orbe, haciendo venias y balbuciendo dulces oraciones en Hebreo como sacudido por el mal de Parkinson y no hay médico que me explique, cómo este cuerpo, color perla, sigue su culto milenario, vacío ya de su propio cerebro, sin que yo pueda imponerle mi férrea voluntad de Comandante en Jefe de las fuerzas armadas más poderosas del mundo. A este judío yo le tengo un pánico de jinete indefenso, se me para en dos patas como caballo padrillo y espanta mis secretarias en celo de mes, que le galopan en círculo, con las vaginas palpitantes y meándose con miedos astrales.”

La mente presidencial, presa en los vívidos restos vitales del rabino, se reveló esclava de sus ritos aparatosos y oraciones broncas, de su dieta kosher, de sus ásperos chistes de humor burdo y de sus desafortunadas costumbres sexuales. Entonces sus esbirros establecieron en una encuesta que los hebreos eran todavía, aunque poderosa, una minoría étnica y fue así como Don Alfo resolvió encarnarse en alguien que fuera más patriota y menos todopoderoso que el infausto rabino y una tarde lo vio en el monitor: un rubio vicepresidente del City Bank con pantaloncito corto de tenista madrugador, un “homo oeconomicus” puro, capaz de pasarse sin copulación por dieciocho meses con tal de aprender y asimilar la sabiduría del enriquecimiento infinito, en una cadena ininterrumpida de seminarios. Ante semejante portento, Alfo no pudo resistirse y abandonó al rabino que se perdió también en el más allá de las hamburguesas digeridas, y él se entronizó y enquistó en este gringo que ahora a ti y a mi, lector amigo, nos ocupa... Y entonces le dije a mi palmera con los ojos de tigresa marina:

-“Salgamos juntos de la mano y busquemos aquellos parajes de cuentos de niño, donde tú dormías acurrucada bajo los rosales centenarios y yo te sacaba del descanso eterno con un beso en los labios albinos y nos íbamos, jinetes en el caballazo níveo, a fundar este inmenso dolor que ves ahora,

millonaria prole que nos agobia con su hambruna famélica de caníbales; salgamos, te insisto, y pisemos con plantas aladas el pantano laberíntico de las bandas perpendulares, hasta arribar al más allá de los manantiales transparentes de Juan Sebastián Bach; entremos a la casita de pastificio del bosque de pinos, echemos al horno la bruja, comámonos los ladrillos de torta de chocolate, bebámonos el agua lluvia que golpetea y se escurre por los cristales de caramelo, y sigamos después la caprichosa pista de guijarros del retorno a la casa de leñadores empobrecidos de nuestros padres viejos.”

Ella me miró con los girasoles adormecidos, repletos de semillas de niños que habrán de ser pastores en los prados dorados del País de la Canela, y me significó: -“Bueno, ¡vayamos a fundar ciudades y a difundir la santa fe del amor, vamos a crecer y multiplicarnos, como Adán y Eva, a cubrir con rascacielos el último rincón bello del mundo!”

Y Alfo, al escucharnos desde la Casa Blanca, se puso a llorar a moco tendido y sus manotas coloradas de banquero comenzaron a temblar y le dijo a su ministro: MacGregor, hombre de Dios, déjelos en paz por unos días, pero que les sigan sus agentes secretos y que los filmen paso a paso para que nadie se pierda esta película romántica, que les paguen millones y que no paren de filmar aunque se den la vuelta al globo terráqueo. Ya editaremos lo mejor y que compongan la música de Bach para rock, de modo que cale en las masas este mensaje de amor puro y que recojan las ovulaciones fecundas de esta gamma ubérrima y me las planten en los dominós de Hollywood para la posteridad de la especie...” Y lloraba lágrimas de financista y veía en la bola de cristal de su ojo avizor del futuro, el auge del negocio del cine y el derrame del cuerno de la abundancia de esta democracia feliz de los Estados Unidos de la Tierra.

MacGregor dejó de lamerse el dedo y corrió a cumplir la orden irrevocable. Aquí fue cuando se puso en marcha un ejército abigarrado de profesionales de la noticia, vestidos en ropa camuflada, cargados de toda la parafernalia para la fotografía, la doma de la luz y la cacería de la silueta.

Tú, lector amigo, nunca los verías porque su disimulo es perfecto.

Salimos Gama y yo del Dominó, desde cuyas ventanas nos veían con ojeras de orfandad los párvulos, llenando las ojivas con sus millares, como el iris atigrado de tus pupilas, y su mirar nos hizo temblar de amor por vosotros meninos, por vuestras cabezotas de hongo en Bergen-Belsen, por vosotros negritos blancuzcos de la polvareda del Sahel africano repleto de tambores muertos en forma de vaca, por vosotros niños japoneses chamuscados en

Hiroshima y Nagasaki. Pisamos Gama y yo el asfalto corredizo hacia el consumo en los supermercados y clavamos el uno en el otro las uñas al antebrazo, porque ya vimos los caídos de bruces que iban al desuelle por los sumideros y embudos del rastro nacional, donde los cirujanos les abrían en canal el vientre, les arrebatrían los bofes para transplantes y los colgarían de ganchos circulatorios para ir a darlas al “gulash” del mundo feliz. El tráfico de las avenidas era sólo en dirección al norte. Las aceras estaban atestadas de contempladores de vitrinas y de gentes que se estrangulaban mutuamente por lograr acceso a los baratillos. Participábamos en la emoción sin límites de descubrir un nuevo producto para el embellecimiento cosmético de los rostros albinos de las cavernícolas empalidecidas en las cuevas paradas del dominó. Dimos mil vueltas en los supermercados gigantes donde se vendía carne de todos los cortes imaginables, desde lenguas, hasta manitas emborrajadas y criadillas a la española. Nos limitamos a comer albóndigas y perros calientes. Los perros de verdad ya no había porque se los había abolido del todo, pues ya no había parques a donde sacarlos a que hagan sus necesidades, y los curas nunca habían querido que entren a las iglesias porque no tienen alma, aunque astutamente los canes siempre den prueba de lo contrario, en su afán de defender su condición mejor amigo del hombre. Heredamos, eso si, su vida de perros de vivir para comer entre siesta y siesta.

Gama y yo tenemos esta rabia que nos lleva a seguir adelante hacia el norte de la esperanza. Anduvimos días y noches por el desfiladero del vendaval que azota la ciudad inmensa y vimos por fin el mar. En él flotaban barcos cruceros enormes, blancos como dominós, con negras ojivas llorosas. Corrimos por los largos muelles, entre velámenes de barcos de pesca, hacia los cruceros y tus ojos girasoles dejaron de pestañear porque vieron las redes repletas de sirenas que chapoteaban sobre cubierta, y los tritones que colgaban de los anzuelos de acero en las líneas largas de cables pesqueros, donde, encandilados por faros que les engañaban con su luz fatua, su voracidad les hizo morder carnada durante la noche. Seguimos después entre los tritones convulsos y las sirenas que no paraban de coletear en su asfixia de tierra dulce. Gama se atrevió a preguntar a un guía turístico el porqué de tanta desgracia y él le explicó que para eso los crían en los acuarios marinos y se les tiene contentos jugando con caballitos de mar, hasta que a los tritones les llega la hora de subir desde el fondo del océano hacia la superficie, con sus sonrisas de dioses griegos, a comer sardinas y es entonces cuando muerden y se clavan el paladar en los anzuelos de acero bruñido, y los sacan en vilo y los despanzurran ante los ojos atónitos de las sirenas enredadas, que se debaten a coletazos mientras les mana calostro de los pechos para sus crías de ojos redondos y lacrimosos, que se arrastran por cubierta. Y no pudo frenar más su llanto mi

Gama, viendo cómo quedaban francos los senos rezumantes de las sirenas, cuyas crías martilladas manchaban de rojo las caracolas del mar, y entonces, a estas hembras, los pescadores les abrieron el vientre con sus largos cuchillos cromados y les extrajeron el caviar de sus ovulaciones, para guardarlos en tambores helados que se llevaron en los helicópteros a su destino gourmet. Las sirenas más jóvenes fueron devueltas al océano para que se alimenten de plankton, crezcan más, mientras se solazan entre los corales laberínticos, hasta la próxima redada. –“Y no se preocupe, señora, porque son inventos del hombre y su ingeniería genética, mitad pescados, mitad humanos, no piensan, ni sienten como nosotros, sino que son, tal que los merlines, juguetonas e irresponsables...” Dejamos atrás el llanto desgarrador de las sirenas y nos embarcamos en un dominó flotante, para irnos a la Atlántida.

Alfo se despepitaba de risa viendo la ingenuidad con que Gama y yo aceptábamos como verdadera la Atlántida verde, que no era sino un paraje preservado para la industria del cine. Alfo quería reencarnarse en un gran actor de cine, porque aunque había sido una y otra vez presidente, nadie podía ser un Presidente con P grande, si no había sido antes famosa estrella de cine. –“MacGregor, usted me responde que este joven Beto, que va a ser mi nueva encarnación, mi yo siguiente, se convierta primero en un famoso actor de cine. ¿Me entiende hombre de Dios? ¡Si usted falla, ya sabe que hay muchos que quieren reemplazarlo, y entonces usted se larga al más allá de las albóndigas en calidad de materia prima!” Y aquella misma tarde, junto a los manantiales repletos de carpas de colores, cisnes cursis y patos chinos de plumaje brillante, Gama y yo pudimos amarnos bajo la luz intensa de los faros de filmación y comenzaron a acreditarnos millones de dólares por la serial televisada de que ahora éramos actores estelares. Las masas incontables de la democracia feliz nos verían desde ese momento todas las noches. Nuestro amor fue incompleto y puramente fílmico y no encontramos placer verdadero, sino cuando ya en nuestro hotel de vuelta, nos tendimos junto a las barrederas y nos pusimos melancólicamente a mamarnos el dedo pulgar.

Los trabajos arduos de filmación de la historia de amor más romántica de nuestro tiempo nos atormentaban a Gama y a mi, que ansiábamos encontrar aquel lugar lejano y escondido entre la albahaca y el trigo maduro, donde pudiéramos amarnos mirando al cielo por la burbuja orbital del gran dominó del globo terráqueo, pero cuando yo quería tocar tiernamente su mano cálida, fresca y muelle, enseguida los lentes disimulados entre el follaje de esta Atlántida de Hollywood, implantados en la cavidad de los ojos reemplazados de un mapache ciego que nos seguía al olfato, mandaban al satélite estático del lejano cenit nuestra imagen que aparecía

ampliada y mejorada con efectos soñadores de nieblas de pasión y olores almizclados de cuarta dimensión, en el monitor de Alfo, quien me aprendía de inmediato la espontaneidad de mis sentimientos, con su anciano, pero siempre fresco cerebro presidencial.

Cansado, el mapache vigilante se dormía y lo reemplazaban con unas urracas tuertas, en cuyo ojo vaciado, los ingeniosos habían engarzado los más refinados lentes transmisores, que trabajaban desde lo alto de los árboles y entre las enramadas del paisaje de artificio que nos rodeaba.

Pero nosotros comenzamos a hablarnos con la mirada, preguntándonos por el lugar secreto de nuestro amor sublime, que nunca encontrábamos como entonces al pie de las largas barrederas artilladas con pezones de la gran marrana, que chupábamos mientras nos amábamos en el calor humano de miles de niños del dominó que yacían como querubines abatidos en una montonera latiente y deliciosa. De pronto se me ocurrió decirle a Gama: - “¡Amor, te veo ahora de lágrimas colmada! ¡Qué andanza ésta la nuestra, en busca del aislamiento de nuestra casona de ojos redondos, de cuyo cenó hemos salido y al que jamás hemos de volver, compañera mía, tigresa del palmar anegado por las olas de tu llanto que va y vuelve con la regularidad de las mareas! La luna viene a preguntarnos si aún vivimos, a despecho de la orfandad que nos hermana...”

Nuestras conversaciones se recogían por los micrófonos disimulados entre los guijarros del camino que pisábamos y las escuchaban en todo el mundo. Alfo dejó por ahora, con desgano, el monitor, por que tenía que salir de cacería. Los batidores comenzaron a aporrear la tierra con sus bastones de metal y el coto yermo comenzó a llenarse de vida y unas aves que parecían arcángeles a primera vista, cuyo camuflaje los mimetizaba y confundía con piedras, musgos, líquenes y vidrios pedaceados, principiaron a correr, revelando su verdadero plumaje, su blonda cabellera, humana apariencia, y enormes alas de faisán. Se fueron remontando a media altura, al tiempo que proferían gritos destemplados. Alfo disparó con su negra escopeta bruñida y el faisángel vino a darlas contra el suelo y tuvo que esperar malherido el final de la batida, antes que se lo colgara en una cogotera con otros victimados de su especie. El ejemplo real de Don Alfo fue imitado por los demás cazadores y el cielo entero reverberó de explosiones y cayeron miles de faisángeles de ambos sexos. Para Alfo cazar faisángeles era un deporte tedioso pero, atado como estaba al protocolo, jamás podía decir no a toda esta truculencia, que era un disfraz de la necesidad de tener una dieta variada, no sólo de albóndigas y “fish-fingers” de sirena, sino también, de cuando en vez, un avechucho.

La línea nítida de la barredera se perdía entre las sombras del lujosísimo apartamento en el hotel en que nos habían alojado para las filmaciones y Gama, de pronto, percibió la soledad inmensa de una madre sin hijos, y sus senos duros como las pirámides de Egipto le dolían por la ansiedad de ser tan lechera como la inmensa marrana del dominó de la que todos provenimos. Gama, la de las ovulaciones egregias, se percató que una vez más tendría que entregar el trasto repleto de los folículos con óvulos por fecundar, que bajo cada luna llena le saltaban al recipiente plástico del costado del vientre, a donde los ginecólogos del Rastro Nacional, en su mente avizora, habían dispuesto que fueran ustedes mis lechoncitos que nunca he de ver crecer, yo, casa abandonada con grandes ojos redondos de ficha del dominó. –“¡Vamos, huyamos!” – me dijo – “o nunca tendremos hijos viejos que retornen con su calvicie coronada de canas a llorar en nuestra falda el fracaso de sus vidas”. Comprendí que Gama quería ser una casa grande con barrederas de las que mana calostro para todos los huérfanos que me miran, semillas de girasol, desde el iris de sus ojos inmensos. Todo este drama lo contempló desde el cuarto ovalado de la Casa Blanca Don Alfo, conmovido hasta los huesos. –“¡Cómo me gusta!” – exclamó – “que quieras mecer a tus hijos grandullones en tu falda de piedad! Pero no precisamos de tus ternuras de virgen madre, porque para eso está el estado, y el estado soy yo...” Y dirigiéndose a su ministro escocés dijo: -“Y usted mi querido MacGregor, redoble la vigilancia sobre mis dos estrellas del amor romántico, porque la película se encuentra en el punto de caramelo y no quiero que les pase nada, aunque se escapen al Polo Sur a criar sus hijuelos.”

Gama y yo nos hicimos a la mar en dirección al Polo Sur. Ansiábamos en esta parte de la película escaparnos del Gotham Universal y acercarnos a sus límites naturales, donde ya no era posible erigir dominós por la fuerza de las borrascas y la crueldad de los vientos cruzados, bajo cuyo soplo inclemente se habían refugiado las últimas verdaderas bestias salvajes del mundo, los osos blancos, las focas de dos pelos y los pingüinos. Su despreciable carne de animal no gustaba a nadie, porque todos comíamos albóndigas de sabor estándar totalmente humano, bife de minotauro, filete de Tritón o ancas de sirena. ¿Quién va a comer foca al colesterol, o costilla ahumada de oso blanco, o pingüino en canasta? Se los deja pues vivir en paz en sus inmensos pastos de hierba albina siempre viva, para que la correteen a discreción, la blanca nieve...

Dejamos la Atlántida verde en un barco vikingo de vela cuadrada y estuvimos solos por fin. Y llegó en tanto la fecha feliz de la nueva ovulación en la siguiente luna llena. Gama se tendió con solemnidad como borrega pascual y se despatarró para darme cabida y, mientras de la popa

me soplaba el buen viento de los auspicios de felicidad, logré, por primera vez desde que salimos del seno de nuestra madre del dominó, amarla con tino y devoción perfectos durante dos días con sus noches. En tanto, sobre la arboladura de nuestro barco se había posado una bandada de gaviotas con miradas penetrantes y por los ojos de buey del casco de nuestro navío se habían agolpado las hirsutas cabezas de una mancha de tritones mirones que querían saber cómo hacemos el amor los humanos. Fue así cómo quedó en cinta de preñez Gama, mi tigresa llorosa del palmar.

-“MacGregor, hombre de Dios, ¡qué cosa tan ingeniosa esto de usar transmisores en las gaviotas tuertas de la arboladura, y en el tercer ojo de los tritones mirones! Lo felicito, pues hemos filmado la escena de cine más espontánea y conmovedora del mundo. Imagínese, MacGregor, que he sufrido tres eyaculaciones involuntarias al identificarme con ese muchacho en el que quiero entronizarme próximamente. Si señor, lo felicito MacGregor, usted es un gran ministro de espionaje y cultura.” Y en premio le rascó la barriga al perrillo que se había tendido panza arriba, para recibir el adulo de su dueño y señor.

Y nuestro barco vikingo dio la vuelta al Cabo de Hornos, mientras en las orillas de la Patagonia los niños gauchos encendían fuegos para parrilladas en las ojivas de las casas rosadas del dominó de esta parte sur de la tierra, donde espectros de Ñandú corrían por las desiertas avenidas y el cielo nebuloso contemplaba desde la altura, al mundo caído, con opalina mirada de pingo pampero.

Pero aquí estamos los dos en medio mar, vomitando el alma, camino del estrecho pasaje entre las dos islas Malvinas, flores de la mala suerte. También en este páramo abandonado habían rascacielos del dominó con ojivas azules repletas de niñitos ingleses ateridos de frío. Nosotros llegamos por fin a South Georgia, la isla más desolada de la tierra. Observamos rascacielos hechos con chatarra de guerra, donde se criaban párvulos esquimales acostumbrados al hielo. Nos adentramos por fin hasta el Polo Sur en búsqueda del lugar donde queríamos afincarnos e iniciar la única verdadera familia del orbe. El vientre de Gama, mientras tanto, iba adoptando dimensiones enormes. Yo había fertilizado la ovulación completa. Habíamos tratado de comer musgos y algas, pero nuestra costumbre inveterada de alimentarnos con carne, nos impidió digerir los humildes productos del yermo que cruzábamos y, después de derramar lágrimas de vergüenza, nos acercamos a los enjambres y ejércitos de pingüinos indefensos y les robamos los huevos que tenían calentando con su plumaje entre los pies. Los vientos arremolinados cambiaban la faz del mundo polar moviendo de un lugar a otro montañas de nieve y creando

glaciares que amenazaban con tragarse el mar. Nos miraron los pingüinos con el desprecio con que los animales contemplan la imponderable crueldad humana. Perdidos sus huevos, caminaron lentamente hacia el mar, porque no habían comido un pez por semanas sin fin y se zambulleron entre las olas mientras nosotros teñíamos con yemas amarillas nuestros famélicos belfos.

Alfo seguía estas escenas con los espectadores de todo el mundo y a nadie le pareció nada malo que robáramos los huevos a los pingüinos. Teólogos de varias religiones explicaron que el hombre tiene derecho a servirse todo lo que se le antoje del mundo animal, sin preguntar a nadie, pues ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, que es un caucásico barbudo que flota por los aires. Si Dios, en cambio, tuviese apariencia de pingüino – explicaban – la cosa sería al revés y entonces estos pájaros tendrían todo el derecho de agarrarnos los huevos y servíselos como quisieran. Todo está pues en el parentesco de apariencia, en la similitud incontestable que tenemos con el Altísimo, salvo nuestros semejantes: los tritones, los minotauros y los faisángeles, claro está, pues ellos no se parecen en nada al Creador. Al terminar la escena, se escuchó repetidamente el aplauso obligado por la televisión y todo el público de la ciudad metrópoli del orbe aplaudió también feliz de ver nuestra capacidad de supervivencia.

Mientras tanto, Gama había terminado de engrosarse como una marrana y el ombligo se le dio la vuelta tal que bolsillo de pobre y le nacieron tetas a lo largo y ancho del vientre, seis en número, grandes, pulidas y brillantes, pletóricas de rico calostro, que yo me bebía para que no se desperdiciase, mientras llegaban al mundo los vástagos. Ella ya no salía del iglú, sino tan sólo yo, para ir de nuevo a robarles huevos a los pingüinos de Dios. Tuve en muchas ocasiones que ahuyentar a los osos blancos que se habían acercado, atraídos por su olfato hacia el calostro, amenazándoles con las últimas bengalas que encontrara entre los aperos del barco en que arribamos a estas gélidas latitudes. Advino por fin la noche de la natividad. En el cielo estaba suspendido estático el satélite de la transmisión de nuestro programa navideño, que acudía a todos los hogares en vivo y en directo, allegando hasta el olor del agua de fuente y el tufo vital de la sangre, que excitó también a los osos blancos que se habían reunido frente al iglú. De improviso, Gama me dijo:

-“Ayúdame hermano, que voy a parir!”

Y yo le tomé de la mano y vi cómo, de sus pupilas lacustres, caían lágrimas que anegaban los palmares de sus pestañas, y volaban garzas por el blanco de sus ojos. Ella abrió su boca y le palpitaba la lengua cuando me dijo:

-“¡No te he pedido que me cojas la mano, idiota, sino que tires de los críos, para que salgan!”

Y entonces comencé a entender el milagro del tornillo que se sale de madre para siempre, y los cachorros vinieron al mundo con los hocicos sangrientos, los pies azules y la soga al cuello, primero el más grande, y ella gritó: ¡Rómulo!, después ¡Remo! y en cadena uno tras otro, como galeotes,: ¡Rodrigo, Ruperto, Rolando, Ronaldo, Orlando, Ramón, Rodolfo, y Ribaldo!

Afuera el hambre había arrancado de las cuerdas bucales de los osos blancos un cálido coro de ¡Aleluya! que me puso los pelos de punta.

En la televisión, Alfo ordeno que se escuchara el himno nacional en una bella voz de soprano y el mundo entero se humedeció con lagrimillas de navidad, luminosas y diamantinas, y los pibes del dominó abrazaron sus ositos de felpa, mientras en los banquetes del Gotham metropolitano se servían pechugas de faisángel.

Pasaron los días después del parto, y los niños, que los teníamos apegados al cuerpo bajo nuestras ropas de esquimal en el afán de brindarles calor, empezaron a querer morírse nos de hambre, porque la leche materna no alcanzaba para todos. El acopio de huevos de pingüino disminuyó malamente porque yo no podía salir del iglú debido al acoso de los plantígrados blancos. Así, pronto tuvimos que postrarnos de hinojos ante la verdad: Simplemente éramos demasiados y había algunos que sobraban y otros a quienes les faltaba lo esencial. Entonces Gama me pidió que diera muerte a los sobrerros: Orlando, Ramón, Rodolfo y Ribaldo, para que la población se ajustara a los recursos que eran seis mamás, tres por cada lado. Salí pues con mis cuatro hijos superfluos a implorar del cielo un milagro. Alfo, que nos contemplaba por el satélite y en cuyas manos estaba mandarnos una legión de helicópteros para salvarnos de tan miserable suerte, dejó indiferente que la naturaleza siguiera su curso.

Antes que yo pudiera pasar los piquetes de osos blancos, mis niños me fueron arrebatados y las fieras del ártico se los comieron. Regresé a contarle a Gama lo sucedido.

-“¿Y para esto hemos nacido?”- inquirió ella. Lloramos, pero se nos helaron las lágrimas, y fue mejor olvidar. Los demás niños, en cambio, Rómulo, Remo, Rodrigo, Ruperto, Rolando y Ronaldo, cada uno prendido de su teta, dieron los primeros síntomas de felicidad de quienes ya se han integrado a la sociedad de consumo. Los pingüinos se enteraron de nuestra

desgracia familiar y enviaron un emisario a expresarnos su condolencia. El emisario regurgitó unos peces, algunos de ellos vivos, que devoramos con entrañas y todo. La vida entre las nieves del ártico se nos hizo algo más llevadera. Yo aprendí a cortar orificios circulares en el hielo sobre las profundas aguas del mar y a dejar carnadas pendiendo de los respiraderos. Las focas debían dejarse tentar, para yo arponearlas y, tras un forcejeo espantoso, vinieran ellas a morir en mis manos. Apenas vencidas y con el corazón todavía latiendo, yo las cortaba en tiras para comerlas crudas, pero aún calientes. Todo esto ante mi esposa e hijos, que babeaban de la angustia que no se enfriara la sangre antes de beberla. Hice abrigo de las pieles de foca. Con el tiempo amplí el iglú y corté en el hielo unas ojivas y las pulí con mi orina caliente y las puse por ventanas, para que los niños pudieran ver la desolación del polo sur, mientras en sus almas la melancolía pintaba Atlántidas floridas y Californias doradas, que su memoria hereditaria les anunciaba como tierras prometidas.

Una noche de esas, que esta vez duró seis meses, llegué a la conclusión que mis hijos quinceañeros ya no debían seguir en medio del yermo de la Antártica y que pronto necesitarían salir a buscarse la vida y el amor. Gama, que se fue estilizando y depurando, hasta lograr una belleza casi etérea y fantasmal, sin el artificio de la temprana juventud, engañosa como la primavera, sino con una atracción madura y profunda, me dijo un día: -“¡Fin de la película! Volvamos a la ciudad infinita, donde la vida es fácil, y más aún la muerte...”

Alfo, que la escuchaba desde el alvéolo de la Sala Ovalada de la Casa Blanca, encontró su frase oportunamente histórica y mandó por fin una legión de helicópteros a sacarnos del paraje al que nos llevaran nuestros sueños del amor perfecto. Poco tiempo atrás, una encuesta “Gallup” le había revelado que la audiencia de nuestra serial de televisión había comenzado a decaer, habiendo saturado ya las expectativas. Aunque el público nos amaba con frenesí, se habían hastiado de nuestras angustias en la inclemencia del Ártico y ya querían un cambio.

Regresamos en los helicópteros como una plaga de langostas. Volvimos a respirar el aire viciado de la gran villa del Gotham metropolitano y nos posamos sobre el prado azul de la Casa Blanca.

Alfo salió a recibirnos con su perrillo ministerial. Él parecía un gran espantapájaros coronado con su sombrero tejano. Se vino hasta nosotros bajo los reflectores inmisericordes y nos besó a todos como un padre.

Mientras tanto, una encuesta mundial preguntaba si la nación me querría como presidente del orbe. Al verme moreno y guapo, héroe de la Antártica, contendor de los osos blancos, matador de focas, superviviente de gélidos inviernos, y tierno padre de diez hijos, cuatro de ellos malogrados, con la mujer más felina del mundo por esposa, todos votaron a mi favor pulsando la tecla del sí. Me querían por presidente de la Unión. Alfo, abrumado por el éxito de la serial televisada, notificó a los cirujanos del rastro la fecha del trasplante. Mis hijos, mientras tanto, se habían ido todos sin decirme adiós, a perderse por las avenidas móviles en busca de los gimnasios del sexo. Alfo ordenó que se recolectara el reguero de semen que iban dejando mis cachorros en los revolcones con las exuberantes leonas de la Quinta Avenida que tenían maravillosos ojos de miel.

-“Y ya ves Gama, cómo se cumple la profecía de -¡Creced y multiplicaos!- y cómo nuestra soledad del aislamiento amoroso de la procreación íntima, ha sido un bajel de teatro en cuya arboladura se han encaramado un tropel de mirones. Ya hasta el Polo Sur se ha llenado de dominós con ventanas de hielo, desde donde nos miran los míseros niños de internado que sostienen en sus brazos ositos blancos de felpa.”

Mientras esto recitaba yo, ya Alfo nos puso burundanga en el vino de la cena opípara con que nos homenajeó.

-“Y fue así, Gama, que me fui de tu lado, como todos los muertos, el último adiós sin balbucear siquiera. Los brazos cruzados se me quedaron yertos, mis labios, sin tu beso, torcieron una mueca. Si, Gama, tu dormías, viajera de los sueños. Mientras la suerte negra derribaba mis puertas, plantabas girasoles llenos de niños tiernos, cada semilla viva al viento, al sol abierta. Eras una Siberia florida en primavera, la cantarina mar y las gaviotas en su vuelo, el cielo azul inmenso del sin fin de estrellas, eras mi recuerdo de los pumas en la sierra, mi pantera de la bella huella sobre el suelo, mi tigresa glacial, con tristeza de palmera.”

Y cuando mi subconsciente andaba por los pasajes bucólicos que acabo de describir, me pasaron a la sala de operaciones contigua, donde la urbe del orbe pudo observar con lujo de detalles el trasplante de cerebro. En las dos mesas estábamos tendidos el presidente y yo, respectivamente. La parafernalia quirúrgica estaba lista. Los cirujanos del rastro estaban reunidos en anfiteatro, todos vestidos de blanco y con gorros níveos. Trepanaron nuestros cráneos al unísono y después de separar con maestría inigualable las dos masas encefálicas, las intercambiaron. Sellaron los injertos y volvieron a su lugar las tapas de hueso, donde muy pronto se fusionaron los tejidos sin dejar huella. El fluido de sabiduría le fue

conectado al presidente en lo que habrían sido mis restos mortales y a mi me dieron una descarga eléctrica y me ordenaron: -“¡Levántate y anda!”

Me mostraron la salida hacia la Avenida Pennsylvania, donde un pequeño grupo de adeptos vitorearon al cuerpo glorioso de Alfo que salía tambaleándose de la Casa Blanca.

Mi propio cuerpo, con el cerebro de Alfo en lo que fuera mi cráneo, se levantó después de un cuarto de hora un poco borracho, pero enseguida marcó bien el paso y tomó el debido porte, siguió el rumbo correcto y se fue a dormir en los brazos de Gama que pensó que su compañero de la vida se había ido a vaciar la vejiga y ahora volvía con la intención de hacerle el amor por fin, sin que nadie ni los viera, ni los filmara. Se amaron intensamente, como no lo hicieran durante los muchos años de ausencia del dominó lejano de su juventud de hermanos de leche.

Yo crucé la avenida y vine a darlas en el parque de Lafayette, donde me senté en una banca. Me contemplé las manos y eran ajenas, coloradas y temblorosas, con el característico trepidar de la enfermedad de Parkinson. Sentí que el hígado me pesaba como piedra, por la cirrosis de la bebedera continua de whisky y al pene lo sentí flácido y tumefacto, en su inmensidad inútil. Estos eran el cuerpo y la apariencia de Alfo y en ellos tendría yo que andar embarcado por el mundo, por poco lejos que fuera. Resolví que, antes de morir, escribiría estas líneas para acortar en algo el tiempo del olvido en que iba a caer. Caminé hasta George Town y entré en el primer dominó que estuvo a mi alcance. Adentro se celebraba un baile de graduación y parejas de amantes yacían por todo lado, abrazados en el beso de despedida. Yo subí pesadamente las gradas de la escalera de caracol y vi a las tigresas con ojos de girasol en sus cubiles, que me miraron y me saludaron, creyendo que el presidente estaba de visita. Subí por los parvularios y ahí estaban los niños del dominó mamando calostro de los pezones artificiales a lo largo de las barrederas y llegué a lo más alto, donde se encuentran las piscinas probáticas de la gestación y subí más arriba todavía hasta los lugares donde aterrizan los helicópteros y depositan el caviar humano. Me oculté cerca de las gelatinas latientes y me senté por último frente al teclado de la computadora del dominó, para escribir lo dicho aquí:

-“Ahora que se encuentra avanzada la noche, quisiera, Gama, despedirme de ti. Me voy para morirme de añoranza por ti en los despeñaderos de la urbe asesina. Dame la bendición con tu mano húmeda y perfumada por el oleaje del mar sobre los corales. ¡Tócame los ojos, para irme ciego y sólo ver el revés del mundo en tu recuerdo!”